



C. Jefe Político:

Señor Presidente:

Señores:

La gratitud es un sentimiento y una virtud que á la par que realza el beneficio recibido, enaltece á quien lo recibe.

Por ella se hacen dignos los hijos de sus progenitores: por ella se convierte la amistad en cadena de oro que ata las voluntades de los hombres en sus relaciones privadas; por ella quedan gravados en la memoria y en el corazón de los pueblos con caracteres indelebles los nombres de sus benefactores; por ella se hacen merecedoras las naciones de la autonomía de que disfrutaban.

Siempre serán para la humanidad ejemplos elocuentes el piadoso Eneas llevando en hombros á su anciano padre; Critón acompañando á Sócrates á la prisión y ofreciéndole su fortuna, su reposo y aun su vida para procurarle la libertad; Las Casas amado de nuestros pobres indios, á quienes defendió con tanta abnegación; Washington, el desinteresado, elevado al poder por el pueblo americano, cuya libertad acababa de conquistar.

Cuando leemos la historia; ¡cuánto nos enajena el amor apasionado que Bruto sentía por la libertad de su patria!; Cuánto nos impone la grandeza de alma del que ha sido llamado *el último romano!* pero cuando vemos su mano tinta en la sangre de César, de César su bienhechor, su padre adoptivo, de César que al caer bajo el golpe del puñal asesino todavía exclama: “¡tú también, hijo mío!” ¡Cuán profundo horror sobrecoge nuestro espíritu! Vemos entonces la gloria de Bruto como la llama de un incendio, su fulgor siniestro parece alumbrar solo un cadáver y el negro espectro de la traición y de la ingratitud. Y es, Señores, que ese sentimiento, esa virtud de que os hablo, es natural al corazón humano, por que es hija del amor y de la benevolencia, y es el primer grado del deber general: *devolver bien por bien.*

¡Dichosos nosotros que al impulso de tan noble sentimiento hoy nos congregamos en todos los ámbitos de la República

para evocar el recuerdo glorioso del día mas grande para la patria, de aquel en que México despertó de un letargo de tres siglos, al sonoro y ardiente beso de la libertad.!

Un vasto y poderoso imperio se asentaba en estas comarcas cuando unidos Aragón y Castilla en las heróicas personas de Fernando é Isabel arrojaban de la península á los africanos y ponian los sólidos cimientos de la monarquía española. Esos reyes parecian haber tocado la cima de la grandeza con la toma de Granada, cuando el genio de Colón les ofreció un nuevo mundo.

Tras los descubrimientos siguieron las conquistas y el imperio Azteca, que ya en si mismo llevaba el gérmen de la muerte, como que tambien habia sido el resultado de la conquista, cayó al embate de Hernan Cortés y pasó á ser una de las perlas más preciadas de la corona de Castilla. No recordemos ese periodo de luto para que el dolor no amargue la alegría de estos momentos; si algo se presenta á la memoria, sea la grandeza de Cuauhtemoc, tanto en el triunfo, como en la derrota y en la muerte. La sangre de este mártir fué la fecunda semilla que más tarde habia de producir falanges de campeones denodados.

Nada hay estable en este mundo y por eso aquel imperio *en cuyos dominios el sol no se ponía* vino con el tiempo á poder de soberanos tales como Carlos IV y Fernando VII, aquel con la irrisoria majestad de Claudio, como dice un historiador, y éste, débil y ciego, ambos impotentes ante la perfidia de Napoleón y tan olvidados de las gloriosas tradiciones de su patria, que no pulsaron inconveniente en poner á los piés del Corso una corona que habia ceñido las sienes de un S. Fernando y un Carlos V.

Esta situación de la metrópoli, por una parte, y por otra, la independendencia de las colonias inglesas al Norte de nuestro país, reconocida por la misma España; las ideas de la Revolución francesa que volaban por el mundo y penetraban en las modernas sociedades como los rayos del sol, aun por entre los más débiles resquicios; la madurez á que habia llegado la colonia y la ingente necesidad de la emancipación, pusieron á Nueva España en condiciones á propósito para ejercer el derecho de insurrección y recobrar su autonomia.

No necesitaré, Señores, recordar punto por punto la epo-

peya de nuestra independencia, porque ni el tiempo bastaría y, además, vosotros la conoceis mejor que yo. Por eso me limitaré á evocar algunos nombres queridos que por si mismos representan los rasgos mas salientes del grandioso cuadro.

Surge en primer término el humilde Cura de Dolores D. Miguel Hidalgo. El es el patriarca de nuestra independencia, porque él la imaginó, la meditó y puso los cimientos, regándolos con su sangre generosa. Hombre pensador, verdadero filósofo y filántropo; lloraba como propias las desgracias que pesaban sobre nuestra patria. Su manifiesto de 15 de Diciembre de 1810 publicado en Valladolid revela, si no todas algunas de sus levantadas aspiraciones encaminadas á la felicidad de México, pues queria el establecimiento de un congreso en que estuviera representada toda la nación y que diera leyes benéficas que establecieran la igualdad fraternal entre los mexicanos, que favorecieran las artes y las industrias *y que dieran los medios para que los habitantes gozaran de todas las delicias que el soberano Autor de la Naturaleza ha derramado sobre este vasto continente.*

A falta de la gloria, que ya es excelsa, de haber iniciado nuestra independencia, á falta de la gloria guerrera que conquistó en Guanajuato y en el Monte de las Cruces, le bastaría para ocupar un lugar preeminente no solo en nuestra historia, sino en la de la humanidad, la gloria de haber abolido la esclavitud en su bando de 29 de Noviembre de 1810 publicado en Guadalajara.

A este nombre inmortal se asocian los no menos preclaros de Allende, Aldama y Jimenez que con él sucumbieron víctimas de la traición del infame Elizondo y, lo que es más para eterno baldon de la justicia de aquellos tiempos y de aquellos jueces, víctimas de un tribunal que careció aun de las formas de tal, porque, como dice Zerecero, fué una comision militar revolucionaria comò las del Terror.

La tiranía se embriaga con la sangre y pierde la razon; por eso no bastó privar de la vida á estos caudillos, sino que con una barbarie incalificable, se separaron las cabezas de los cadáveres para que encerradas en jaulas de fierro fueran suspendidas de los ángulos del castillo de Granaditas, como lo estuvieron hasta 1821.

Las cabezas de estos mártires porque eran de arcilla cu-

pieron en tan reducido espacio; pero su aliento gigantesco quedaba en todo el país y por eso al ocurrir tan gran desastre, el insigne D. Ignacio Rayón, que dejó la toga por la espada, fué el ilustre continuador de la obra de los primeros insurgentes.

Por todas partes se levantaban grandes figuras, como la del Cura de Carácuaro y Nucupétaro D. José Maria Morelos, terror de Calleja, rayo de la guerra, uno de los mas firmes campeones de la independencia y que acredió su fama de experto capitán en el memorable sitio de Cuautla; D. Hermenegildo Galeana, su constante compañero; la ilustre familia de los Bravo; el inmortal Guerrero de sublime abnegación y tantos y tantos otros honra y gloria de la nación mexicana.

Cuando consideramos nuestra historia en el breve periodo de once años que abarca la epopeya de nuestra independencia, causa profunda admiración el sinnúmero de hombres ilustres, verdaderos héroes, que salian de todas las clases sociales para derramar su sangre generosa por la patria. No hay nación alguna en el mundo que no se enorgullezca de contar entre sus hijos almas privilegiadas: Suiza casi deificó á Guillermo Tell; Francia, á Juana de Arco; la Suecia, á Gustavo Wasa; España se estremece de agradecimiento al nombre de Pelayo; pero ¿quién podrá presentar á un Nicolás Bravo, héroe en el espíritu, héroe en las acciones, héroe en el corazón? Ninguna, ciertamente; porque si Grecia enseña á un Trasíbulo dando la ley de la amnistia y Roma á un Augusto perdonando á Ciuna y dándole el dictado de amigo, ninguna nos presenta á un Bravo, que acabando de recibir la noticia de la muerte ignominiosa dada á su padre y teniendo orden superior de pasar por las armas á trescientos prisioneros, enfrena su dolor y sus pasiones, domina su justísimo resentimiento y sobreponiéndose casi á la naturaleza humana, no solo perdona la vida á aquellos infelices prisioneros, sino que les da la libertad; ¡todo, Señores, por el bien de su causa y de su patria!

Este rasgo es sublime, verdaderamente divino, porque con él se nos presenta Bravo como *el hombre completo en la grandeza*, segun la feliz expresión de Armando Rénaud al definir al héroe.

En muchas ocasiones, como dice el mismo autor, la grandeza humana debe su impulso á la ambición personal; pero el

heroísmo tiene un principio más elevado: el amor, que es la mas fecunda de las fuentes del bien, ya se refiera á la familia, á la patria, al mundo, á Dios. Este es el heroísmo de Nicolás Bravo y por eso la humanidad elevará perpétuamente himnos en su alabanza.

Al llegar á este punto, ¿no os ocurre, Conciudadanos, como á mí, preguntaros porqué una nación en que han brillado tantos talentos y tantos grandes corazones, una tierra bañada por inmensos mares, cruzada por enormes cordilleras, cubierta de extensas espesuras, cortada por rios que han arrastrado en su lecho arenas de oro, con montañas que en sus venas llevan los más ricos metales, con fértiles y amenos valles, como éste; no os ocurre preguntaros porqué una nación así no entró de lleno en la felicidad soñada, ambicionada y procurada por nuestros libertadores? ¿Porqué á raíz, por decirlo así, de la inicua invasión americana siguió la titánica lucha de Reforma? ¿Porqué un imperio exótico intentó aclimatarse en este suelo? ¿Porqué la guerra civil ha agostado tantas vidas y tantos elementos de riqueza física y moral? ¿Porqué se hacen tan raros hombres como Melchor Ocampo, como Benito Juárez? ¿Lo diré, Ciudadanos? Fuerza es decirlo con franqueza en momentos como el presente: porque ha faltado voluntad; porque ha faltado corazón; porque faltan esos pequeños heroísmos de la vida privada que son el cumplimiento del deber y la base de la abnegación. El cansancio de las pasadas luchas, el violento choque de las ideas y de los principios, los impudores triunfantes, los resplandores de las ajenas glorias no han enervado y embriagado y hemos pervertido el principio de nuestras inclinaciones personales, que es el amor de nosotros mismos, el legítimo amor propio (1). Así, hemos convertido la estimación personal en orgullo ó vanidad; el amor á la libertad y á la independencia, en espíritu de rebelión; el amor legítimo al poder, en ambición; el instinto de la propiedad, en avidez ó codicia; la gratitud y el partidatismo, en servilismo; los principios, en personas: en suma, hemos convertido el amor propio en egoísmo. Por eso hemos querido que los gobiernos lo hagan todo sin cooperar con una eficaz iniciativa individual; por eso cuando hemos tenido administraciones tiránicas, corrompidas y corruptoras hemos doblado la cerviz como el esclavo bajo el peso de sus cadenas, sin recordar que tenemos

(1) P. Janet. Filosofía.

una alma viril y que si los gobiernos tienen el deber de hacer cumplir las leyes á los pueblos, los pueblos tienen el derecho de hacerlas acatar á los gobiernos, porque estos y aquellos forman un todo armónico, una verdadera máquina social.

No quisiera, con verdad lo digo, emitir estos conceptos que hieren el corazón; pero ¿cómo no aprovechar estos instantes en que nos presentamos á los altares de la Patria con el rostro rebosando de júbilo y el corazón henchido de gratitud para decir lo que la Patria y sus buenos hijos exigen de nosotros? Ellos nos piden la verdadera gratitud; no la negativa que consiste en no hacer mal y que casi se confunde con la ingratitude; sino la positiva, la que se traduce en actos, la que devuelve bien por bien.

No estamos obligados á ser héroes como ellos, porque esta grandeza es de pocos; pero sí estamos obligados á amar á la patria como ellos y á procurar su felicidad por los medios que estén á nuestro alcance; y como quiera que la armonía del conjunto dependa de la perfección de sus partes, es indispensable que procuremos ser elementos de coesión, de orden, de moralidad; lo que obtendremos perfeccionándonos.

El patriotismo no es solo el amor á la tierra en que nacemos; es el amor á todo lo que se comprende bajo el dulce nombre de la patria: su suelo, nuestros conciudadanos, nuestros usos, nuestra lengua, nuestras leyes, nuestro gobierno, nuestra bandera, nuestras tradiciones. El patriotismo es un amor complejo que se siente, pero que no se define (1).

*
*
*

Compatriotas: en dia tan solemne y glorioso como el presente, ante las aras de la Patria, delante de la efigie del Padre de nuestra libertad, abramos nuestro corazón al fuego abrasador del patriotismo; demos entrada á la semilla del bien, esto es, á todo lo que es noble, grande y generoso; templemos nuestro espíritu y nuestro corazón en la ruda fragua del deber; depongamos el egoísmo y no olvidemos que desde que la vida alienta nuestro ser nos debemos á la Patria. Todos los mexicanos estamos por igual obligados; pero los hijos del Estado de Guanajuato lo estamos doblemente, si se quiere, por un compromiso de honor, porque en esta tierra bendita vieron la luz primera Hidalgo y otros caudillos y en ella resonó el primer grito de la libertad.

(1) P. Jénet. Filosofía.

Y, vosotros, héroes inmortales, vosotros que habeis sido grandes en la grandeza, vosotros que al empuñar las armas ya sabiais que el fin de vuestra vida seria el cadalso, por que la gloria era para vosotros, como dice Campoamor,

“Dicha de llevar la cruz

A la cumbre de un calvario,”

vosotros en quienes se condensó todo lo que hay de mas puro y mas elevado en la humana naturaleza, velad por esta Patria querida, por este Guanajuato, cuna de la independenciam, é infundid en todos los pechos mexicanos aquel aliento soberano que os franqueó las puertas de la inmortalidad!

He dicho.

Nicéforo Guerrero.

